

PSICOLOGÍA CONDUCTISTA Y FILOSOFÍA ANALÍTICA: ¿UNA ALIANZA CONVENIENTE PARA EL SIGLO XXI?

WILLIAM MONTGOMERY URDAY¹

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS, PERÚ

(Recibido el 16/07/2007, aceptado el 21/08/2007)

RESUMEN

Las relaciones entre la ciencia del comportamiento y la filosofía de la ciencia suelen ser conflictivas y confusas. Hoy, en la ciencia comportamental contemporánea vienen discutiéndose las raíces filosóficas con las que su enfoque contextualista es compatible de manera general. En particular, es posible encontrar coincidencias muy puntuales con la filosofía analítica del lenguaje, cuyo aporte es básico para realizar una labor de aclaración conceptual del uso equivocado de palabras y proposiciones, tarea urgente en la psicología por la cantidad de errores categoriales cometidos, dando lugar a la aparición de una “mitología de la mente” por contraposición a la filosofía de la mente. Dado que esta colaboración ya se viene dando en cierta medida, parece razonable hablar de una provechosa “alianza” del conductismo con la filosofía analítica.

Palabras clave: Conductismo, Filosofía analítica, Filosofía de la ciencia, Filosofía de la mente, Mitología de la mente, Ciencia del comportamiento.

ABSTRACT

The relations between science of behavior and philosophy of science usually are conflicting and confused. Today, in contemporary behavioral science they come discussing the philosophical roots with which its contextualist approach is compatible of general way. In individual, it is possible to find very precise coincidences with the analytical philosophy of language, whose contribution is basic for to make a work of conceptual explanation of the mistaken use of words and proposals, urgent task in psychology by the amount of categorial errors committed, giving rise to appearance a “mythology of mind”; by contrast to philosophy of mind. Since this collaboration already comes giving to a certain extent, it seems reasonable to speak of benefical “alliance” of behaviorism with analytical philosophy.

Keywords: Behaviorism, Analytical philosophy, Philosophy of science, Philosophy of mind, Mitology of mind, Science of behavior.

1 Docente Asociado de la Facultad de Psicología-UNMSM. Email: wmontgomery@unmsm.edu.pe

La filosofía de la ciencia se define ampliamente como “el intento de entender el significado, método y estructura lógica de la ciencia, por medio de un análisis lógico y metodológico de los propósitos, métodos, criterios, conceptos leyes, y teorías de la ciencia” (Klemke, Hollinger & Rudge, 1998, p. 20). El trabajador científico, no obstante, suele revelarse ante la “pretensión” de los filósofos de acercarse abstractamente a los problemas propios de las distintas disciplinas sin estar actualizados –y, a veces, ni siquiera informados– sobre las operaciones y resultados empíricos de la investigación contemporánea, que retroalimentarían sus argumentaciones e incluso podrían cambiarlas.

De allí la dificultad de comunicación que surge ente los profesionistas filosóficos y científicos, asumiendo estos últimos la tarea de filosofar informalmente sobre su propio quehacer, sin recurrir a los preceptos de la filosofía académica “oficial”. Por eso las relaciones entre la filosofía y la ciencia siempre han sido problemáticas, llevando a una comunicación imperfecta, raramente declarada y frecuentemente incierta en el tiempo (en otras palabras, desactualizada).

A pesar de lo dicho, se entiende que todo psicólogo no sólo es un científico o un terapeuta, sino un filósofo aficionado, pues, lo sepa o no, utiliza una gran cantidad de ideas filosóficas en su quehacer. De esta manera la influencia de la filosofía sobre la psicología es innegable. De hecho, “tan estrechamente relacionada a la filosofía se halla la psicología, que ningún psicólogo... puede evitar el sostener alguna filosofía de la mente” (Bunge y Ardila, 1988; p. 24). Como se verá después, hay una diferencia entre “filosofía de la mente” y “mitología de la mente”.

El objetivo del presente artículo es, con referencia al punto de la filosofía de la mente, ubicar concordancias útiles de la *filosofía analítica del lenguaje* con el conductismo post-skinneriano, en el propósito de solucionar ciertos problemas conceptuales de la psicología que tienen que ver con la sustancialización metafísica de los fenómenos mentales. Para ello se hacen reflexiones sobre los vínculos conductistas con corrientes afines de pensamiento filosófico, luego se distinguen los conceptos de filosofía y mitología de la mente, y se examinan las razones para el surgimiento de ésta última. Finalmente, se exploran algunas nociones que prestan apoyo a la tarea de aclarar conceptos y expresiones psicológicas.

LA FILOSOFÍA DEL CONDUCTISMO

Siendo tan difusa la conexión entre los postulados filosóficos y científicos de la psicología, corrientemente lleva a confusiones. En la ciencia del comportamiento, pese al gran interés epistemológico que ha inspirado a sus fundadores, la relación señalada no ha sido mejor que en el resto de disciplinas. En el caso particular del conductismo, se le ha atribuido con ligereza una influencia positivista lógica y un empirismo a ultranza, lo que, cuando se analiza con cuidado, resulta ser una simplificación grosera. Sobre todo en lo que se refiere a las variedades cercanas al conductismo radical.

Como indican Smith (1986/1994) y Belánger (1978/1999), la relación entre el positivismo lógico y el conductismo skinneriano fue, como máximo, anecdótica. Si bien habían puntos de acuerdo –como el operacionalismo y el fisicalismo– y eventuales apoyos mutuos contra tendencias metafísicas antagónicas, éstos no eran fruto de un conocimiento profundo de

sus presupuestos filosóficos ni experimentales, ni mucho menos de una coordinación. B.F. Skinner se reconocía influido por Bacón y también por Mach, un precursor del Círculo de Viena, debido a su sesgo descriptivista y biológico compatible con el seleccionismo darwiniano, pero tras un breve período de simpatía hacia el positivismo lógico, mantuvo una posición crítica frente a su formalismo en concordancia personal con las ideas del propio Mach.

En breve, el antiformalismo de Skinner lo acercaría a Ludwig Wittgenstein, uno de los representantes de la filosofía analítica o del lenguaje. Es así que Day (cit. por Rodríguez, 1978, p. 51) encuentra diez semejanzas (algunas negativamente expresadas) entre la última obra del filósofo austriaco y el sistema skinneriano maduro:

1. Críticas al operacionalismo.
2. Oposición al reduccionismo de un nivel de observación a otro.
3. Oposición al dualismo.
4. Aceptación de los “eventos privados” como categorías con significado.
5. Oposición a la posibilidad de “lenguajes privados” al margen de la comunidad lingüística.
6. Defensa de la naturaleza conductual del lenguaje.
7. Oposición al enfoque referencial del significado del lenguaje.
8. Concepción del significado como uso en contexto.
9. Antimentalismo.
10. Preferencia por el descriptivismo.

Leigland (1999) también encuentra concordancias del conductismo radical con la postura de otro simpatizante de Wittgenstein, el neopragmático Richard Rorty. Concretamente en su visión sobre el criterio de verdad, la demarcación de la ciencia, el rechazo al dualismo y la consideración del papel del repertorio verbal en la interpretación naturalista del *Yo* y de lo que se llama “consciencia”. Sin embargo, Leigland parece ignorar el hecho de que Rorty (1991/1996) no sólo no está muy informado sobre la verdadera posición de Skinner, sino que (quizá por eso) se autodiferencia explícitamente de él, al que califica de objetivista científico extremo (p. 55) y de fisicalista reduccionista (p. 152).

Otra cosa que se presta a discusión tiene que ver con la afirmación de Skinner (1974/1977, p. 13) acerca de que el conductismo es *la filosofía de la ciencia del comportamiento*, la cual surge del quehacer mismo de la disciplina y plantea cuestiones relativas a la pertinencia y posibilidades de su análisis metodológico y tecnológico. Esto suena como una usurpación de las atribuciones fundamentales de las filosofías generales como clases de sistemas de reflexión sobre los seres y las cosas. Pero Skinner en realidad sólo quiere significar con su definición de conductismo *una* forma pragmática de filosofía especial, una *filosofía de gestión*, que juega un papel restringido y por tanto no se opone, sino que depende de una filosofía general.

Con todos los respetos para Skinner –y aquí hay que darle la razón a Rorty–, su tipo de conductismo radical no llegó a desprenderse totalmente de su empirismo. En cambio, hay muchas variedades de conductismo post-skinneriano actualmente que complejizan

la caracterización filosófica de la ciencia del comportamiento. Son particularmente destacables aquellas variantes que consideran la conducta como equivalente de la *interacción de los individuos con sus ambientes* (Kantor, 1963/1990), o, cuando menos, de *acto dentro de un contexto* (Hayes, Blackledge & Barnes-Holmes, 2001) que, naturalmente, comprende aspectos físicos, biológicos y sociales. En tal sentido, no se postulan entidades trascendentales (mente, cerebro, conciencia, etcétera) que se manifiesten fuera –o por encima– del interjuego de variables representativas en un episodio conductual. Al ser interacciones, los fenómenos psicológicos se estudian como *conexiones* entre desempeños específicos y situaciones específicas. Separar su mecanismo del hacer funcional inmediato es crear entidades internas y supranaturales a las cuales no queda más que atribuirles “poderes” autónomos, o bien, resignarse a objetivar sus productos a través de otras disciplinas (reduccionismo lógico, cibernético, lingüístico, neurobiológico y demás).

Desde esta óptica, los procesos “cognitivos” o “mentales” no son otra cosa que *propiedades del comportamiento en ejercicio*. Así como es inapropiado preguntar dónde está el dolor cuando la pierna no duele, también lo es preguntar “dónde está guardado un pensamiento” cuando uno no piensa sobre algo en especial. En suma comportamiento o conducta no es un concepto fisicalista y morfológico, sino términos o constructos que se utilizan para designar actividades, acciones o funciones de los cuerpos. El concepto de conducta se ha identificado en el enfoque skinneriano básico incorrectamente con eventos de acción física discreta o en secuencias cuantitativas, pero en realidad involucra dos niveles de abstracción: uno dado por el uso apropiado de los términos que referencian acontecimientos “mentales” en relación con uno mismo o con otros individuos; y otro como descriptor lingüístico de actos específicos en situaciones concretas (Ribes, 2002, 2004). Todo esto coincide con los razonamientos aportados por algunos filósofos analíticos, como el segundo Wittgenstein (1953/1988), Ryle (1949/1967) y Austin (1962/1990), entre otros.

Según lo dicho, ¿cuál es la filosofía general de la ciencia del comportamiento post-skinneriana? Ya se ha visto que no es el positivismo lógico y tampoco el positivismo machiano, y que hay en cambio fuertes puntos de acuerdo con la filosofía analítica. De manera tentativa, parece ser que para la mayoría de conductistas actuales esto implicaría en términos panorámicos una ontología materialista, monista y determinista, y epistemológicamente una combinación de seleccionismo y efectivismo pragmático (Moxley, 2004), enmarcados en el evolucionismo científico mediante resolución de problemas conceptuales de Laudan (Batts & Crawford, 1991), y en la cosmovisión contextualista comprometida con las interconexiones e interpenetraciones de los acontecimientos, relativas al momento y lugar particulares en que suceden, y que propone que tanto el conocimiento como el ser sólo tienen significado en relación con un entorno social e histórico. Esto descarta tanto el empirismo, para el cual la reflexión conceptual es irrelevante, como también descarta el mecanicismo, según el cual cada fenómeno tiene una causa determinada. Para el contextualismo la causalidad puede ser tanto uno-a-uno como múltiple y recíproca (Morris, 1997).

Wittgenstein está inmerso en la órbita contextualista. En efecto, en la proposición § 314 de *Remarks on the Philosophy of Psychology*, dice que “la palabra «conducta», como la estoy usando... incluye en su significado las circunstancias externas –de la conducta en su sentido más estricto”, y en la proposición § 567 de *Zettel* señala “Lo que determina

nuestro juicio, nuestros conceptos y reacciones, no es lo que alguien hace ahora, una acción aislada, sino toda la multitud de acciones humanas, el trasfondo sobre el que corresponde cada acción” (cit. por Crego, 2004; p. 6). La actividad humana está para él, pues, regulada por prácticas sociales.

Éste no es el lugar para describir exhaustivamente el enfoque wittgensteiniano, cosa que, por lo demás, se halla sintetizado en escritos de fácil acceso (Pole, 1956/1965; Kenny, 1972/1974; Santos-Camacho, 1975), pero se pueden mencionar ciertas características fundamentales de la filosofía analítica en su conjunto (Echegoyen, 1997): a) énfasis en que la única realidad existente es la realidad espacio-temporal, b) preocupación por el examen del lenguaje cotidiano y sus distintos usos, c) quehacer filosófico dedicado a establecer los límites de lo que se puede decir y pensar con sentido, d) crítica a la metafísica por considerarla un pseudosaber, y e) estos puntos podría añadirse el postulado pragmático señalado por Dewey, Wittgenstein, Davidson y Rorty, de que “lo verdadero no tiene usos explicativos”. Vale decir, no existe la “mejor” explicación, sino la que mejor encaja para el uso conveniente de un determinado explicador.

Por último, baste decir que tanto Wittgenstein como Ryle se dedicaban a la crítica del lenguaje con el objeto de aclarar confusiones categoriales (uso equivocado de palabras y proposiciones), y por eso terminaron ocupándose de cuestiones psicológicas, en el sentido ya indicado previamente. Eso los hace susceptibles de ser más útiles que otros para la discusión emprendida por la psicología científica contra la psicología popular.

Concordantemente, la idea central de este artículo es explicitar una postura que ya “flota en el aire” desde hace buen tiempo: la filosofía analítica (o, por lo menos, parte de ella) es una línea de pensamiento coherente con una formulación científica (y es complementaria de otras líneas igualmente coherentes, como por ejemplo el contextualismo y el pragmatismo), por lo tanto constituye una importante aliada en la tarea de construir y/o consolidar opciones teórico-prácticas que aseguren el avance de la disciplina en el siglo XXI (Rodríguez, 1992, 1993; Cuypers, 1995; Gil de Pareja, 1995; Holth, 2001; Carrascoso, 2003; Crego, 2004; Tomasini, 2005; Ribes, 2006). Para ello es obvio que primero hay que desacreditar la raíz conceptual de la “mitología de la mente”¹. Y el hecho es que la filosofía analítica brinda herramientas especiales para ello.

“FILOSOFÍA DE LA MENTE” VERSUS “MITOLOGÍA DE LA MENTE”

Lo que se llama “mente” tiene, según el punto de vista de que se parta, significados diversos. Sin entrar en disquisiciones más profundas, según el *Diccionario de Ciencias de la Conducta* de Wolman, para algunos es la “totalidad organizada de los procesos mentales o psicológicos de un organismo”, para otros la “totalidad de las estructuras que se postulan para explicar la ocurrencia de conductas y procesos”, para otros la “suma total de la experiencia consciente”, “el yo o psiquis”, el “intelecto”, y finalmente para otros la “manera característica de pensar, sentir y comportarse”. Es decir, seis significados que, a *grosso modo*, podrían reducirse a sólo dos muy genéricos: 1) uno que postula el concepto de “mente” como algún tipo de propiedad separada del cuerpo u organismo, aunque interactúa con él de manera rectora como causa interna; y 2) otra que sostiene su carácter emergente de la misma actividad del organismo.

Por principio, al primer tipo de definiciones conviene englobarlas no como parte de una “filosofía de la mente”, sino como una “mitología de la mente”, concepción de sustancialismo espiritual concordante con el paradigma dualista e innatista de la psicología popular o folclórica, aun cuando se pueda disfrazar con terminologías informacionales o neurales. Hay destacados “mentalistas” filósofos de la ciencia, como Fodor (1983/1986), que, en este contexto, prestan su ingenio a la tarea de refrendar ese mundo fantasmagórico, elaborando complicados modelos del pensamiento y del lenguaje que se ajustan al paradigma dualista e innatista. Hay, asimismo, numerosos profesionales de la psicología que hacen toda una militancia de su empeño por teorizar sobre las supuestas estructuras internas que para ellos —usando la célebre expresión de Ulrich Neisser en su *Psicología Cognoscitiva*—, simplemente “están allí”.

Pueden sugerirse varias razones para esto, empezando por la abigarrada historia de la disciplina psicológica. Como señala Kantor (1963/1990), al par que los primeros científicos modernos abordaban las cosas y eventos particulares, estaban al mismo tiempo inmersos en tradiciones trascendentales más antiguas, adaptando diversas formas de dualismo psíquico (el espíritu y la materia, lo objetivo y lo subjetivo, los noúmenos y fenómenos) a su quehacer concreto. Así, aunque hoy se utilice la metodología verificativa de las hipótesis y el aparato instrumental de medición, la materia de estudio primordial sigue siendo alguna forma de cosa o proceso fuera del espacio y del tiempo. Eso motivó el tan citado comentario que Wittgenstein (1953/1988) colocó al final de sus *Investigaciones Filosóficas*: “... en psicología existen métodos experimentales y *confusión conceptual*” (p. 525).

Ciertamente, la psicología histórica muestra facetas que, como las dos caras de *Jano*, parecen evocar estados incompatibles. Ribes (1990), tratando extensamente esta cuestión, menciona que mientras se dispone de un amplísimo arsenal de procedimientos experimentales e instrumentales, en cambio no hay una estructura lógico-conceptual compartida, ni mucho menos un lenguaje técnico. Probablemente el origen de semejante problema se encuentre en la concepción renacentista, cuando las categorías del lenguaje ordinario que parecían designar procesos mentales se impusieron epistemológicamente como testimonio incuestionable de su existencia. Estos referentes dualistas, en su desarrollo, derivaron en líneas heurísticas sobre diversos fenómenos descontextualizados que, se supuso, eran válidos *per se* como “objetos de investigación científica”: el pensamiento, la memoria, la percepción, la imaginación, la comprensión, etcétera.

Siendo tales referentes sucedáneos de lo que desde la antigüedad se llama “alma”, e insertos en la cosmovisión de un mundo organizado cartesianamente, ocuparon el lugar de la “razón” o “cognición” (*cogitans*, de naturaleza no física) opuesta a la “extensión” corporal. Erróneamente, Descartes y otros optaron por escapar del mecanicismo entendiendo el significado de lo mental como procesos no-mecánicos. Así, dado que las leyes mecánicas explican movimientos en el espacio como efectos de otros movimientos en el espacio, las leyes de lo mental deben explicar las operaciones no espaciales de la mente como efecto de otras operaciones no espaciales (Ryle, 1949/1967). Así también el divorcio conceptual de que por un lado es una cosa *la que* se conoce, y es otro asunto *quien* conoce (Novoa, 2002). Este escenario era muy poco favorable para el surgimiento de una psicología no dualista, por lo que sus primeras versiones se desarrollaron en el marco de la psicofísica y posteriormente en el marco especulativo del psicoanálisis.

Aun hoy la tendencia dualista es muy fuerte, como se refleja en la predominancia de los modelos computacionales y cognitivos de la mente. En suma, ellos adoptan una concepción nominalista del lenguaje que previamente llevó a la creación de una mitología mental: un mundo paralelo al físico, inaccesible a la observación y con funcionamiento aparte. Por encima de la terminología moderna que caracteriza a la psicología cognitiva de nuestros tiempos –llena de formulaciones informáticas y neurales para justificar el llamado *sujeto epistémico*–, se puede advertir un parecido nuclear entre ellas y la vieja creencia de los *Padres de la Iglesia* (p. ej. Tertuliano) sobre el alma como “ese hombre interior de que habla San Pablo y cuya envoltura es el hombre exterior o cuerpo. Forma, pues, un ser completamente constituido. Dotado de órganos propios, tiene sus ojos, sus oídos, y también tiene entendimiento” (Gilson, 1952/1985; p. 93). Es irónico que lo que hoy se considera supuestamente lo más avanzado en la filosofía de la ciencia (Martínez, 2006) no es sino un resabio de la antigüedad.

UTILIDADES DE LA FILOSOFÍA ANALÍTICA PARA EL ANÁLISIS CONDUCTUAL

Dos de las nociones más útiles de la filosofía analítica del lenguaje para el análisis conductual son las de *forma de vida*, y de *ubicación de errores categoriales*. Ribes (2006), siguiendo el enfoque wittgensteiniano, concibe el lenguaje en tres niveles, teniendo en cuenta la importancia que el pensador austriaco le da a dichas nociones como herramientas de análisis conceptual:

1. Como *medio*, cuando se examina la adquisición del lenguaje en términos del sistema reactivo convencional que le da vida.
2. Como *instrumento*, en las interacciones verbales en que el sujeto cambia la conducta de otros y de los acontecimientos proximales.
3. Como *forma de vida*, incluyendo criterios y dimensiones funcionales que enmarcan las interacciones de medio e instrumento. En tal sentido es ambiente, producto y creación.

En consecuencia, según (3) no tiene sentido distinguir a la conducta como verbal o no verbal, dado que la conducta es en sí misma el contenido funcional del lenguaje, entendido como forma de vida más que como morfología lingüística; la conducta es el conjunto de sentidos convencionales que componen el contexto “mental” de las personas. No es un fenómeno que recubra una esencia, no es el vehículo que expresa lo psicológico, *es el contexto de lo psicológico*. Dentro de este contexto el uso irresponsable de expresiones válidas sólo para la comunicación coloquial como si fueran términos técnicos en la órbita especializada, ocasiona graves errores categoriales que podrían prevenirse utilizando herramientas analíticas. No es que en sí mismo sea algo malo, pues toda expresión sirve para comunicar con efectividad en una situación dada, lo que hay que hacer es comprender su funcionamiento. Atender a su gramática.

Como dice Ryle (1949/1967): “Los errores categoriales teóricamente interesantes son los cometidos por personas capaces de usar conceptos, por lo menos en situaciones que les son familiares, pero que, sin embargo, pueden asignar dichos conceptos a tipos lógicos distintos de aquellos a los que pertenecen” (p. 20). Por ejemplo, confundir las relaciones

que se establecen entre instituciones como el Ministerio del Interior y otras del mismo tipo lógico (como otros Ministerios), con aquellas que podrían establecerse entre un Ministerio y la Constitución del Estado, o también confundir al contribuyente medio con una persona en particular. Austin (1962/1990, p. 47), siguiendo esta idea, también señala que ciertas expresiones, tales como “Lego mi reloj a mi hermano” o “Si juro” no son descripciones ni enunciados de lo que se está haciendo, sino acciones en sí mismas. No cabe, pues, atribuirles a estados conscientes fuera del contexto en que se emiten. Para evitar tales errores, Austin sugiere diferenciar el acto de decir algo (locucionario), del acto de hacer al decir algo (ilocucionario), y el acto mismo (perlocucionario).

Operativizando las disquisiciones ryleanas, Ribes (1990, pp. 59-61) identifica de manera no exhaustiva hasta nueve categorías terminológicas (de logro, modales, de relación, de circunstancia, adverbiales, de estado, de efecto, de acción y de tendencia), cuyo estudio permitiría evitar las confusiones entre expresiones lingüísticas (o juegos de lenguaje) que se refieren a propensiones, relaciones, posibilidades y acciones físicas.

A manera de ejemplo, desde esta perspectiva, Carpio, Pacheco, Flores y Canales (2000) examinan uno de los conceptos más equívocos del lenguaje: El concepto de “comprensión”. Dado que este término no tiene una función designativa o denotativa fuera de su uso *circunstanciado*, tiene distintas acepciones de suceso, acto o función. En el primer caso la acepción de fenómeno es inconveniente, pues habría que responder cuestiones absurdas tales como: “¿Cuánto dura y dónde ocurre la comprensión?”. En el segundo caso (como acto) también surgen problemas si se tiene en cuenta que no hay uno sino muchos actos de comprensión diferentes. Verbigracia: no ejecutamos el mismo acto cuando comprendemos una orden, que cuando comprendemos un texto en inglés. Una tercera forma de considerar la comprensión es dentro del marco funcional, donde el individuo y sus actividades participan junto con el contexto en que se desenvuelven. Por lo tanto, aquí se tiene:

... el sujeto que comprende, lo que es comprendido y las condiciones mínimas necesarias para que la relación entre estos dos elementos se establezca del modo que llamamos comprensión... Aplicar esta estrategia al análisis del modo en que se habla de comprensión en el lenguaje ordinario nos orienta siempre y necesariamente a la circunstancia específica en la que este término es usado y a lo que hacen los individuos con ella, desalentando cualquier intento por alejarse de las circunstancias concretas de sus múltiples usos. (Ib., p. 7)

En suma, en el ámbito del lenguaje ordinario hablar del término examinado no es más que hablar de la correspondencia o ajuste funcional efectivo entre el actuar y su circunstancia, no de un estado mental. De tal manera, es un fenómeno accesible a la observación pública.

Los razonamientos analíticos también sirven para descartar el materialismo emergentista o eliminativo (Churchland, 1992/1999) como una aproximación científica alternativa. Para esta corriente los procesos mentales dependen de, o están vinculados fuertemente a, estados neurofisiológicos cerebrales. La filosofía de la mente debería, pues, reemplazarse por una “neurociencia de la mente”. Hay filósofos independientes como Bunge que comparten esta concepción (monismo psiconeural).

A tales posturas se les puede aplicar las proposiciones § 608 y § 611 de Wittgenstein en *Zettel*: “... no hay ningún proceso en el cerebro correlacionado con el asociar o con el pensar; de manera que sería imposible leer los procesos de pensamiento a partir de los

procesos cerebrales” (citado por Tomasini, 1994; p. 236), y “Una de las ideas más peligrosas para un filósofo es, por extraño que parezca, la de que pensamos con nuestras cabezas o en nuestras cabezas” (Ib, p. 246). Bunge recusa afirmaciones como éstas atribuyéndolas a “dogmatismo” y señala que Wittgenstein no se toma el trabajo de explicarlas (Bunge y Ardila, 1988; p. 29), sin parar mientes en que toda la obra wittgensteiniana está dedicada justamente a demostrar que en lo psicológico no hay sustancias autistas que funcionen independientemente de un contexto.

Incluso admitiendo el supuesto negado de que los estados mentales se conectaran de modo directo o indirecto con los cerebrales, aún así se tendría que contar con una interpretación conductista de los resultados y hallazgos de la “biopsicología”. Este es un argumento parecido al del “monismo anómalo” utilizado por Donald Davidson (1970/1995), para él lo psicológico no puede reducirse a lo neurofisiológico ni a lo físico, puesto que tanto los predicados mentales como los físicos pertenecen a distintos niveles descriptivos del mismo universo. Sólo se puede hallar identidad o correlación aproximada entre ellos.

Lo cierto es que, como concluye Tomasini (1994), “recordar, leer, hablar, escuchar, observar, etc., son actividades con contenidos y estos no brotan ni pueden brotar únicamente de las actividades del cerebro, no es éste quien las produce. Los «contenidos mentales», las «representaciones», etc., para las cuales hay siempre interpretaciones conductistas, surgen en la interacción con el mundo circundante” (p. 250).

COMENTARIOS FINALES

La potencialidad del análisis filosófico del lenguaje hace que se constituya en una herramienta conveniente para tratar problemas conceptuales en la psicología, lo cual ya se viene haciendo desde hace algún tiempo. Al conductismo, en tanto expresión anti-dualista y anti-mentalista-metafísica de la ciencia del comportamiento, le sirve una alianza entre ese tipo de pensamiento y las operaciones científicas. Tanto más cuanto sus raíces filosóficas actuales lo acercan a un contextualismo pragmatista similar al de Wittgenstein y a otros importantes pensadores analíticos contemporáneos, como Rorty y Davidson, cambiando de actitud respecto a la consideración de los fenómenos de la mente. En pocas palabras, abandonando la concepción fisicalista reduccionista que llevaba a negarla por incorpórea. Si se entiende lo mental, por el contrario, como una abstracción de las relaciones que el individuo establece con el mundo circundante (la conducta como interacción o el acto en contexto), la contradicción desaparece y es posible una filosofía científica de la mente.

En breve, es importante recalcar el hecho de que rechazar la interpretación sustancialista de la mente no significa negar la existencia de la experiencia subjetiva ni de los procesos que suelen sindicarse como “mentales” de acuerdo a la perspectiva tradicional. Por lo tanto, ubicar y rectificar los errores categoriales en base a los cuales se reifican los términos del lenguaje ordinario como sucesos independientes de las circunstancias en que se utilizan, no constituye un atentado contra la dimensión fenoménica de la psicología. Es, si se sigue el razonamiento de la filosofía analítica, una labor “curativa” de los males de la psicología.

NOTA

- 1 Alguien podría decir: ¿Pero por qué darle tanta importancia a la “mitología de la mente” si es falsa y por tanto debe carecer de una efectividad práctica? ¿Caerá por sí sola! La respuesta es que en la mentalidad popular no se contraponen una *buena práctica* con una *mala teoría*, ni se advierte que no corresponde hablar (o teorizar) sobre algo que ni se observa ni se manipula. Lo que ha pasado históricamente, es que el psicólogo mentalista recurre a métodos, técnicas y procedimientos desarrollados desde una lógica positivista o pragmática para hacer medianamente efectiva su práctica, y continuar sin ningún problema ni contradicción aparente con su discurso “antipositivista”. Por eso la tarea es conceptual más que empírica. Hay que ir a la raíz del asunto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Austin, J.L. (1962/1990). *Cómo hacer cosas con palabras*: Palabras y acciones. Barcelona: Paidós.
2. Bats, B. & Crawford, L.L. (1991). Problematic progress: A review of Laudan's progress and its problems in science and values. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 55, 337-349.
3. Bélanger, J. (1978/1999). *Imágenes y realidades del conductismo*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
4. Bunge, M. y Ardila, R. (1988). *Filosofía de la psicología*. Barcelona: Ariel.
5. Carpio, C., Pacheco, C., Flores, V. y Canales, C. (2000). "La naturaleza conductual de la comprensión". *Revista sonorensis de psicología*, 14(1-2), 1-10.
6. Carrascoso, F.J. (2003). "Eventos privados: Una reconstrucción conceptual". *Apuntes de Psicología*, 21(1), 1-17.
7. Crego, A. (2004). "¿Fue Wittgenstein un conductista? La necesidad de criterios públicos para el juego de lenguaje de lo “interno” y sus implicaciones para la psicología". *Atenea digital*, 6, 1-18.
8. Cuypers, S. (1995). "La filosofía analítica de lo mental desde Ryle y Wittgenstein". *Anuario Filosófico*, 28, 433-468.
9. Churchland, P. (1992/1999). *Materia y consciencia*. Barcelona: Gedisa.
10. Davidson, D. (1970/1995). "Sucesos mentales". En *Ensayos sobre acciones y sucesos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
11. México: Echegoyen, J. (1997). *Historia de la Filosofía*. Vol. 3: Filosofía Contemporánea. Madrid: Edinumen.
12. Gil de Pareja, J.L. (1995). "La consideración wittgensteiniana de la psicología como ciencia". *Anuario Filosófico*, 28, 335-355.
13. Gilson, E. (1952/1985). *La filosofía en la edad media*. Madrid: Gredos.
14. Hayes, S.C., Blackledge, J.T. & Barnes-Holmes, D. (2001). "Language and cognition: Constructing an alternative approach within the behavioral tradition". In S. C., Hayes, D. Barnes-Holmes & B. Roche. *Relational frame theory: A post-Skinnerian account of human language and cognition* (pp. 3-20). New York: Academic Plenum Publishers.

15. Holth, P. (2001). "The persistence of category mistakes in psychology". *Behavior & Philosophy*, 29, 203-219.
16. Kantor, J.R. (1963/1990). *La evolución científica de la psicología*. México: Trillas.
17. Kenny, A. (1972/1974). "Wittgenstein". Madrid: *Revista de Occidente*.
18. Klemke, E.D., Hollinger, R. & Rudge, D.W. (1998). *Introductory readings in the philosophy of science*. New Cork: Prometheus Books.
19. Leigland, S. (1999). Pragmatism, science and society. A review of Richard Rorty's book "objectivity, relativism and truth: Philosophical Papers, Vol. I". *Journal of Experimental Analysis of Behavior*, 71, 483-500.
20. Martinez, M. (2006). "Nuevo paradigma epistemológico de la ciencia". *ConcienciaActiva*, 21(4), 15-59.
21. Morris, E.K. (1997). "Some reflections on contextualism, mechanism and behavior analysis". *The PsychoLógica Record*, 47, 529-542.
22. Moxley, R.A. (2004). "Pragmatic selectionism: The philosophy of behavior análisis". *The Behavior Analyst Today*, 5(1), 108-125.
23. Novoa, M.M. (2002). "Algunas consideraciones sobre el dualismo en psicología". *Universitas Psicológica*, 1(2), 71-80.
24. Pérez, M.A. (2006). "Mente y relevancia". *Universitas Psicológica*, 5(2), 385-396.
25. Pole, D. (1956/1965). "La última filosofía de Wittgenstein". En *Las filosofías de Ludwig Wittgenstein* (pp. 99-178). Barcelona: Oikos Tau.
26. Ribes, E. (1990). *Psicología general*. México: Trillas.
27. Ribes, E. (2002). *Psicología del aprendizaje*. México: El Manual Moderno.
28. Ribes, E. (2004). "Behavior is abstracción, not ostension: Conceptual and historical remarks on the nature of psychology". *Behavior and philosophy*, 32, 55-68.
29. Ribes, E. (2006). "Human behavior as language: Some thoughts on Wittgenstein". *Behavior & Philosophy*, 24, 109-121.
30. Rodríguez, E. (1978). "Bases filosóficas del análisis de la conducta". En P. Speller (Ed.). *Análisis de la conducta* (pp. 46-59). México: Trillas.
31. Rodríguez, C. (1992). "El lenguaje del pensamiento como lenguaje privado: Una crítica wittgensteiniana al innatismo de Fodor". *Psicothema*, 4(1), 133-162.
32. Rodríguez, C. (1993). "El problema mente-cuerpo. Un ensayo de antropología wittgensteiniana". *Estudios de Psicología*, 49, 107-120.
33. Rorty, R. (1991/1996). *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos 1*. Barcelona: Paidós.
34. Ryle, G. (1949/1967). *El concepto de lo mental*. Buenos Aires: Paidós.

35. Santos-Camacho, M. (1975). *Ética y filosofía analítica*. Pamplona: Universidad de Navarra.
36. Skinner, B.F. (1974/1977). *Sobre el conductismo*. Barcelona: Fontanella.
37. Smith, L. (1986/1994). *Conductismo y positivismo lógico*. Bilbao: Descleé de Brouwer.
38. Tomasini, A. (1994). *Ensayos de filosofía de la psicología*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
39. Tomasini, A. (2005). *Lenguaje y antimetafísica*. Guadalajara: Plaza y Valdés.
40. Wittgenstein, L. (1953/1988). *Investigaciones filos.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.